

Su historia, la de la Revolución; sus sueños, los del pueblo

En casi todas las fotos, Juan Almeida sonríe. Una sonrisa amplia, franca, de hombre bueno que asume la vida con optimismo y sencillez. Nos mira desde nuestra altura, como si fuera el más normal y afable de nuestros vecinos, aunque nosotros sabemos bien que este no fue un hombre común y corriente: fue un luchador extraordinario, combatiente de cientos de batallas, uno de esos seres que son capaces de sacrificarlo todo a un ideal. Un héroe. Y sin embargo, la sencillez y la sonrisa.

Juan Almeida ha dejado tras sí una inmensa estela de cariño, que supo ganarse desde la modestia y el esfuerzo cotidiano. La gente que lo abrazaba, que conversaba con él a lo largo y ancho de la Isla (Almeida estuvo en todas partes) reconocía en él al trabajador incansable, al soldado de primera línea, al líder carismático, pero, sobre todo, al hombre de pueblo, sin grandilocuencias ni atildamientos, al ser humano capaz de comprender los pequeños retos y alegrías que hacen la existencia.

Privilegiada la nación –se ha dicho muchas veces– cuyos grandes hombres llevan en sí también el aliento de la creación. Lo hizo Juan Almeida, desde los días fundacionales de *La Lupe*, canción

de amor y de gesta. Fue ejemplo fehaciente –otro de que el coraje no está reñido con la sensibilidad y el arte. Sus canciones lo convirtieron en un artista popular, una condición que asumió con diáfana alegría.

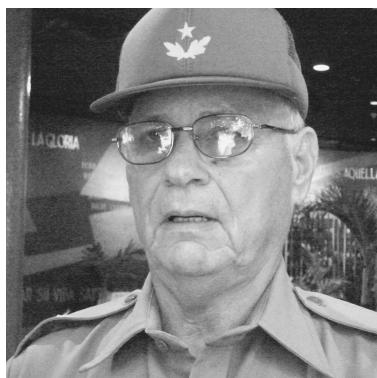
La historia de Juan Almeida es la de la Revolución, a la que se consagró desde su juventud. Estuvo en la lucha contra Batista, en el Moncada, en la prisión, en el exilio, en el Granma, en la Sierra, en el momento del Triunfo, en tantos años de luchas y realizaciones. Soslayándolo, no se puede escribir la crónica de un proceso que lo tuvo entre sus principales y más comprometidos cultores.

Su legendaria admiración por Fidel y Raúl, la fidelidad que siempre les profesó, fueron el fruto de una profunda convicción revolucionaria, arraigada en la más que centenaria tradición de lucha y pensamiento de la nación cubana.

Sus sueños de emancipación son los de su pueblo. Vivió siempre orgulloso de sus orígenes, de sus ideales. En él convivieron sin traumas, en efervescente espiral, el obrero, el soldado, el artista; crisol del pueblo mismo. La sonrisa de Juan Almeida Bosque, Comandante de la Revolución, será siempre nuestra sonrisa. | Yuris Nórdo



Fue un honor combatir junto a Almeida



| foto: Agustín Borrego

Con apenas 17 años, el general de brigada Arnoldo Ferrer Martínez conoció al Comandante Juan Almeida Bosque. “Fue el 15 de septiembre de 1957. Para entonces, ya el jefe guerrillero era un avezado combatiente, asaltante del cuartel Moncada y expedicionario del Granma.

Arnoldo llegó como simple soldado, siguiendo la ruta de los cubanos que luchaban por liberar al país de la tiranía batistiana. Al crearse el Tercer Frente Mario Muñoz, en marzo de 1958, estaría entre los hombres que acompañarían a Almeida en la importante misión de extender la guerra hasta las cercanías de la ciudad de Santiago de Cuba.

Para él fue un orgullo combatir al lado de un hombre que tenía la confianza de Fidel y de todos los rebeldes. “Era excepcional, valiente, inspiraba respeto y admiración”, dijo.

Recuerda al Comandante de la Revolución, extremadamente modesto, sencillo; que no olvidó nunca su procedencia obrera y humilde. | María de las Nieves Galá

Amistad entre héroes

| Alina M. Lotti

Hay pesar en sus palabras. Resulta irremediable. Para Isaura L. Lanza Nieves, Heroína del Trabajo de la República de Cuba, el Comandante de la Revolución Juan Almeida Bosque era casi un hermano.

En un barrio pobre de la capital se conocieron cuando eran muchachos, tendrían unos siete o ocho años, y desde entonces creció una amistad verdadera que nunca palideció pese a las múltiples responsabilidades del jefe militar, el revolucionario intachable.

Con él jugaba a las bolas, a la quimbumbia, y de vez en cuando iban juntos a la matiné del antiguo cine Ensueño. Primero nació el cariño sincero de niños. Después, ya en la adolescencia y juventud, las ideas sobre la difícil situación que atravesaba Cuba en aquellos tiempos y el camino a seguir

coadyuvó a la unidad de ideales y sentimientos patrios.

Isaura pronuncia su nombre con el orgullo de haberlo tenido entre sus seres más queridos. Se refiere a su madre, la señora Rosario Bosque, árbol de la extensa familia, humilde, sencilla, unida, de la cual ella también bebió su savia.

“Macho, como le decíamos los más allegados, siempre estaba con la sonrisa a flor de labios. Yo tenía 15 años cuando empecé a trabajar en la textilera Tedeca, en Calabazar y muchas veces él venía de La Habana, de algunas de sus reuniones, me veía salir sola de mi casa en la madrugada y me acompañaba hasta la calle, pues en aquel entonces el barrio no estaba poblado”.

¿Cuándo tuviste conciencia de sus actividades revolucionarias?

“Él era muy callado y reservado. A finales de julio de



Almeida junto a Isaura, y otros familiares y amigos, durante una de sus visitas al barrio donde se crió. | foto: Cortesía de la entrevistada

1953 fui al cementerio y en el cafetín de las calles 23 y 12 nos encontramos. Me preguntó qué hacía por ahí y me dijo que me fuera rápido. Luego cruzó la calle y se montó en un carro negro. Cuando llegó a mi casa no dije nada, pero a los dos días dieron la noticia en la radio del asalto al cuar-

tel Moncada. Él estaba entre los que habían quedado con vida.

¿Qué admirabas más en él?

“Era muy humano. Demóstró gran valor, y si logré ser Heroína en buena medida se lo debo a él, en quien siempre tuve un ejemplo”.

Sencillez

| Ramón Barreras Ferrán

Estaba con ropa de civil. Yo lo miraba como tratando de descubrir en sus gestos esa brava estirpe de guerrillero corajudo. Lo imaginé entonces en aquel combate cuando entre la manigua, con voz segura y firme, dijo: “¡Aquí no se rinde nadie!”, y detrás una palabra cubanísima que acentuaba la decisión.

Encontré, sin embargo, lo que en él era más evidente: la sencillez.

Estábamos un grupo de periodistas en el pasillo de una casa, sentados, escuchando a Raúl leer un texto escrito por Jorge Risquet. Él oía con atención.

Al rato pasamos a una espaciosa habitación y conversamos de muchas cosas.

Eran los años más difíciles del período especial y la dirección del país decidía si se reabriría o no el mercado campesino, cerrado unos años antes. Yo estaba de pie. Con gesto amigable, me invitó a sentarme en el brazo derecho del butacón donde él estaba.

¡Al lado del Comandante!, pensé con sano orgullo. Accedí, y allí estuve, a su lado, hasta que terminó el encuentro. Jamás lo hubiera imaginado.

Poco después conversamos de varios temas. Su voz estaba alejada de toda prepotencia. Era bajita y con cierta cadencia. Un colega le preguntó si la inspiración que lo motivó escribir *La Lupe* había sido la virgen venerada por los mexicanos o alguna dama. Y él, con

una sonrisa amplia y bien reflejada en el rostro, le respondió amablemente: “Las dos”. Y reímos los tres como si nos hubiésemos conocido de toda la vida.

Nos regalaron un libro a cada uno. Y como yo estaba cerca de él, fue el primero en firmar el mío: “J.Almeida”, puso, con tinta azul y letra corrida y clara. Lo conservo como una reliquia.

Tengo en mi mente al Comandante de la Revolución con pose humilde, sencillez evidente, de hablar pausado. No le pregunté, pero pienso que para él la frase de Martí: *Toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz*, era una máxima que aplicaba en cada segundo.

Y glorias le sobraban, ganadas a golpe de coraje y fidelidad.